

Januario Espinosa

El Balzac del subconsciente

OLA decía que *La Comedia Humana* es como una torre de Babel, que no fué ni nunca podrá ser terminada: «El constructor empleó todos los materiales que halló a la mano: el yeso, el cemento, la piedra, el mármol, y hasta la arena y el barro. Y con sus brazos rudos, usando esos materiales cogidos a menudo al azar, levantó su edificio, su torre gigantesca, sin cuidarse siempre de la armonía de las líneas, de las proporciones equilibradas de la obra».

¡Cómo podrían ser aplicadas las líneas anteriores a Marcel Proust! «¿Tendrá alguien el coraje, apartándose de la moda—se pregunta Charles-Henry Hirsch—de afirmar que lo entregado por Proust a la publicidad son sólo los borradores de su obra? No tuvo el arte de seleccionar en su caos. La amenaza de la muerte, que sentía próxima, la necesidad de un derivativo violento en sus angustias de enfermo, lo dotaron de ese estilo sinuoso, muy propio para ligar sus historietas de lo infinitamente pequeño».

* * *

Balzac, hostigado por la necesidad de publicar lo más posible, para pagar sus deudas, y Proust, temeroso de la muerte, debieron escribir sin mirar hacia atrás. Así se explican en am-

bos las repeticiones, las redundancias, los lapsus gramaticales. Por lo que a Proust se refiere, he aquí uno que transcribe Benjamin Crémieux: «...mitad tristeza real, mitad enervamiento, mitad simulación...»

* * *

Balzac no tuvo éxito entre sus contemporáneos. Tal vez sólo al final se dieron cuenta de que su obra tenía un valor excepcional. «Nadie parecía sospechar que el verdadero innovador era este novelista, que brillaba aún tan poco, y cuyas obras parecían tan confusas y fastidiosas» (E. Zola). Su gloria empezó en realidad después de su muerte, y fué creciendo a medida que los años pasaban.

Marcel Proust no encontró ningún editor que aceptara la primera parte de su obra maestra: *Du côté de chez Swann*. M. Humblot, el director de la librería Ollendorf, la juzgaba así: «...No atino a comprender que un señor pueda emplear treinta páginas en describir cómo se da vueltas y revueltas en la cama, antes de coger el sueño. Es para tomarse la cabeza a dos manos». El libro fué publicado al fin a sus expensas y el éxito llegó cuando le quedaban pocos años de vida. Murió en Noviembre de 1922, a los cincuenta años de edad, y su gloria ha ido creciendo en tal forma que en seis años se ha escrito sobre su personalidad y su obra como no se escribió tal vez sobre Balzac. *La Nouvelle Revue Française* le dedicó su número del 1.º de Enero de 1923: juicios, anécdotas, recuerdos. Colaboraron críticos extranjeros, como el alemán Curtius y el español Ortega y Gasset. Y después siguieron las demás revistas; Léon Pierre-Quint, Guy de Pourtalès, Paul Souday le consagraron libros. A pesar de todo, en Chile nos hemos venido a dar cuenta de su existencia un poco tarde. Nuestro alejamiento espiritual de Europa es igual al de los tiempos en que dependíamos de España.

* * *

Pero si hay semejanza en los destinos de estos dos colosos de la literatura, y también en lo monumental y desordenado de su obra, no existe ninguna en los caminos que siguieron.

Balzac se consagró a analizar las grandes pasiones, que se revelan en hechos, gestos o palabras. Se le podría llamar perfectamente el novelista de los siete pecados capitales.

Proust no se detuvo en los efectos: subió hacia las causas primeras, penetró en el misterio del subconsciente y nos reveló un mundo enteramente nuevo. Como han dicho muchos críticos, se dedicó a desmenuzar el yo.

Otra gran novedad en Proust es que fué el primero en tomar a lo serio el pecado más grande, aquel que castigó Jehová con una lluvia de fuego. Hasta él, los habitantes de las ciudades malditas entraban en la literatura como objetos de burla o de escarnio, y aun mencionarlos pasaba por delito.

Por esta razón, algunos lo llaman «el novelista del pecado».

* * *

El doctor Pierre Mauriac hace notar su gran escrupulosidad científica:

No bastó a Marcel Proust pasear su mirada inquisidora sobre la medicina y sobre los enfermos que lo rodeaban: gran enfermo él mismo, buscó en los libros una explicación a sus sufrimientos, y sin que hiciese ostentación alguna, sus conocimientos médicos aparecen vastos...

...Uno no debe extrañarse del rigor de las informaciones científicas en Marcel Proust, cuando se sepa que para terminar una página de *Sodome et Gomorrhe* se leyó entero un libro de Darwin. Y lo vemos al corriente de las teorías biológicas de la herencia y de las leyes de Mendel, así como muy cuidadoso en no usar sino el término anatómico preciso...

Edmundo Jaloux escribe por su parte:

Nunca una obra literaria se ha aproximado tanto a la ciencia como la suya:

lo que hace pensar en la frase profética de Claude Bernard: «Estoy persuadido de que llegará un día en que el psicólogo, el poeta y el filósofo usarán el mismo lenguaje y se entenderán perfectamente».

Y respecto a su método, opina así el mismo doctor Mauriac:

Hasta Marcel Proust, el escritor extraía del archivo de su memoria aquello que le convenía para construir su novela; de la acumulación de fichas que fué su diario, los Goncourt sacaron algunos libros. Las páginas de Proust representan el archivo completo: no seleccionó, nada le pareció despreciable. Y este montón de documentos que abarcan un cuadro preciso, este método que amenaza ser erigido como modelo, nos recuerda una admonición de Claude Bernard a sus discípulos «Es necesario que el espíritu salga de los hechos y se lance en lo desconocido, buscando la ayuda de las inducciones hipotéticas». Es la vieja querrela científica, que renace sobre otro plan: sin duda las observaciones bien tomadas son la base de la medicina, pero ¿dónde está su utilidad si no se tiene cuidado de clasificarlas? No hay medicina sin nosografía. Marcel Proust se cuidó poco de clasificar; trató sólo de comprender; el fin, a sus ojos, no es la acción; analiza el acontecimiento, el accidente, y en ellos encuentra la explicación de las personas.

* * *

A propósito del libro *Marcel Proust* por Léon Pierre-Quint, escribe Robert de Saint-Jean, crítico de *La Revue Hebdomadaire*:

Otro rasgo que Léon Pierre-Quint ha hecho notar en una forma pintoresca, es la incapacidad en que se encontró su modelo, durante toda su obra, para aprehender lo que es realmente el amor. Todo su libro, parece, estudia el amor como tema central. Pero si se encuentran en muchas páginas aspectos del amor enfermizo, del amor tal como lo crea la sociedad, etc., no se halla en ninguna parte el acento del amor-caridad. Tal vez porque Proust no conoció ni observó sino a las gentes de mundo y a los domésticos.

Y, en efecto, sólo mundanos y criados son los sujetos de este singular novelista. Con referencia a esto, John Charpentier (*Mercure de France*) observa:

...Particularidad significativa, y que no creo ha sido señalada: mientras ma-

yor cariño muestra Proust por un personaje, es decir, mientras más pone en él algo de su espíritu y menos logra hacerlo expresivo, menos lo vemos en relieve, destacándose en el pequeño mundo que él ha evocado. Ejemplo: Albertina, que es, a la vez, la creación más acariciada o la más analizada y la menos precisa que yo conozca. La pasión, el snobismo hacen temblar su pluma, y lo inducen a embrollar los rasgos de la princesa de Guermantes, en la silueta que traza de esta noble dama. En cuanto a M. de Charlus, que ha bosquejado según el modelo que se conoce—el poeta de las *Hortensias bleues*—, lo transforma, a medida que constituye su personalidad, mediante un conjunto de detalles tomados de toda la gente homosexual, como en una especie de símbolo, de víctima de la fatalidad psico-fisiológica, perseguido por las furias hasta el encadenamiento masoquista... Por el contrario, Francisca, la cocinera, Mme. Verdurin, una burguesa, y Odette, esa tonta, son éxitos completos, porque se ha colocado respecto de ellos a la debida distancia.

¿Hay algo más vulgar y ordinario que una cocinera y una cortesana simple? Y, sin embargo, llenan gran parte de la obra de Proust.

* * *

Existe una tendencia general en el público lector a ubicar en el mundo real los tipos creados por los grandes novelistas: una curiosidad malsana lo guía, curiosidad que por lo común tiene en qué apoyarse, puesto que rara vez los personajes salientes de una novela son producto de la fantasía.

En la obra de Proust, el personaje principal es el propio autor, que habla en primera persona. Pero también se refleja en Swann, que viene a ser respecto de Proust lo que Luciano Bergeret respecto de Anatole France: de raza judía, dotado de una sensibilidad extremada, dando una importancia enorme a lo más pequeño, con la manía de relacionar hechos y personas a las artes plásticas. El barón de Charlus no es otro que Robert de Montesquiou, poeta simbolista, muerto hace algunos años, y cuyo hablar y modales femeniles imitaba después Proust por chanza, según los recuerdos de Jacques Emile Blanche.

¿Y Odette? Robert Dreyfus (*La Revue de France*) cree que su modelo fué una cortesana llamada Closmenil, de quien Mar-

cel Proust estuvo enamorado a los 17 años. En carta de 25 de Setiembre de 1888, Marcel escribía a Dreyfus:

«Mi querido Dreyfus; Un día en Chantilly. Un día en l'Isle-Adam. Una pasión platónica por una cortesana célebre, que terminó por un cambio de fotos y de cartas».

Y en carta escrita años después a Jacques de Lacretelle, le decía: «Un instante, mientras se paseaba en el Tiro al Pichón, he pensado para madame Swann en una cocotte admirablemente bella de aquel tiempo, llamada Closmenil. Mostraré a usted sus fotografías. Pero sólo en aquel momento Madame Swann se le parece».

Cuentan algunos que para Odette copió Proust, de preferencia, los rasgos de otra cortesana célebre, Gladys Harvey.

Los demás personajes de su obra—Madame Verdurin, Bergotte, los Guermantes, etc.—los conoció en la intensa vida mundana que hizo desde los 17 años. El mismo Dreyfus nos informa que Proust se retiró del Liceo Condorcet en Octubre de 1888, y empezó su vida mundana, visitando los principales salones. Y añade: «El caso de Proust es único: no fué de la literatura al gran mundo, como la mayor parte de los escritores de su tiempo, y, por el contrario, nunca habríamos podido leer *Un amor de Swann*, ni *Le côté de Guermantes* si, treinta años antes, hubiera titubeado en vivir como mundano excesivo y prematuro».

* * *

René Lalou, en su *Histoire de la Littérature Française Contemporaine*, entre otras, le hace a Proust esta curiosa tacha:

Su *Côté de Guermantes* es muchas veces «le côté de Françoise» mayordoma de la servidumbre, que piensa como Pascal, habla como Madame de Sévigné y analiza como Marcel Proust.

Sin duda, era Francisca una cocinera muy extraordinaria.

* * *

No siempre son los críticos profesionales los más certeros para condensar en una frase el juicio sobre una obra. En el «Homenaje» de 1923, la palma en este sentido se la llevó un hombre de mundo, M. Gabriel de la Rochefoucauld: «En los libros de Proust se ve la vida con *ralentisseur*». ¡En su obra vemos la vida como una película pasada lentamente! Nada más exacto. Pero, muy humilde, M. de la Rochefoucauld añadió: «Que se me perdone tal comparación».

* * *

Un hombre muy culto, eminente orador, y que ocupa un alto puesto en la enseñanza pública, me decía no ha mucho:

—Impulsado por los críticos, procuré leer un libro de Proust. Mi decepción fué muy grande. ¡No encontré interés, arte, estilo, nada! ¡Aquellas frases parecen no tener pies ni cabeza!

Calcúlese cuál será el efecto en personas con menor ilustración, más vulgares. ¡No, Proust no podrá ser nunca popular! Como no ha podido serlo Balzac hasta ahora.

Ocurre—dice Guy de Pourtalès— que las objeciones planteadas ante todo por un espíritu ordinario, en contacto con un escritor de esta amplitud, se refieren más a la novedad de su estilo que a las sutilezas de su pensamiento. La ausencia de cierto sonsonete oratorio, de cadencias, de la sintaxis a que el lector está habituado, y, en su lugar, la frase de Proust recargada de incidentes, pesada de sentido, femenina y varonil a un mismo tiempo, mas aérea, abstracta, exquisita, ornada de paréntesis complicados; esta frase sinuosa y lógica, sustancial como la de un tratado científico y fluida como la poesía, le sorprende mucho más que la novedad de los puntos de vista o la riqueza de conocimientos.

* * *

Si remontamos a los comienzos de los maestros del estilo

—Renan, Flaubert, Anatole France, Barrès—nuestra decepción será muy grande.

Con Proust ocurrirá lo contrario. Se necesita una fuerte dosis de buena voluntad para acostumbrarse con las frases complicadas de su obra fundamental; y en cuanto a sus principios, he aquí un trozo tomado de su primer artículo, publicado en 1888, en la revista *Lilas*, editada por los alumnos del Liceo Condorcet:

Dix-sept ans. 11 heures du soir. Octobre.

La lampe illumine faiblement les recoins sombres de ma chambre et met un grand rond de lumière vive, où entrent ma main, tout d'un coup ambrée, mon livre, mon bureau. Aux murs bleuisant de minces filets de lune entrés par l'imperceptible écartement des tentures rouges. Tout le monde est couché dans le grand appartement silencieux. J'entr'ouvre la fenêtre pour revoir une dernière fois la douce face sauve, bien ronde, de la lune amie. J'entends comme l'haleine très fraîche, froide, de toutes les choses qui dorment—l'arbre d'où suinte de la lumière bleue—de la belle lumière bleue transfigurant au loin par une échappée de rues, comme un paysage polaire électriquement illuminé, les pavés bleus et pâles. Par-dessus s'entendent les infinis champs bleus où fleurissent de frêles étoiles...

¿Habrán alguien que encuentre en esto la raíz del definitivo estilo proustiano?

* * *

«Inventor de placeres» lo llama Bernard Fay en su *Panorama de la Littérature Française*:

...Su libro, admirablemente combinado, bien construido, no tiene nada de grandioso, como se afirma, ni por la franqueza, ni por la osadía. Proust no es ni un moralista, pues lo absoluto, la perfección de Dios, lo conmueven menos que la intensidad de la impresión física; ni un audaz inmoralista, pues se inquieta poco porque se menosprecie o se vitupere eso que le ha pro urado los placeres más vivos y originales. Prisionero de su voluptuosidad, no ve en ella el relieve intelectual e ignora la forma que toma en los demás.

Tal es el límite de su genio. Proust creó en nuestra literatura un jardín de

Armida sorprendente y solitario, donde no crecen sino flores de perfumes desconocidos. Verdaderamente ha inventado placeres, formas de vida psicológica y psíquica, respondiendo así, en medio de la guerra, a las esperanzas de los que se hacían matar. Pero su triunfo lo embriagó. No supo dominarlo, juzgarlo, organizarlo, hacer de él una obra de arte o un objeto de inteligencia perfecta. Quedó unido a su obra y su obra unida a él, sin que se les pueda separar. En ella dejó la fealdad y grabado el genio.

* * *

Sin duda, su parentesco con Freud es grande. Como el maestro vienés, busca en lo más profundo del subconsciente el origen de todos nuestros actos, y como él también le da un papel preponderante a la *libido*. «Proust y Freud inauguran una nueva manera de interrogar la conciencia», escribe J. Rivière. A lo que objeta el doctor Mauriac: «Precisamente su debilidad reside en todo lo que puede acusarse de freudismo, en su concepción experimental y, en el fondo, bastante estrecha del amor».

Mayor similitud puede hallársele con Bergson. «En los momentos en que Bergson y Einstein estudiaban la idea de tiempo y determinaban la relatividad—dice Pourtalès—Proust perseguía el mismo problema en las regiones de la psicología». Y como Bergson, no cree en un determinismo rígido, insalvable: «Mientras el impulso animal de los sentidos, de la herencia y de la imaginación se dejen sentir, el determinismo más absoluto nos gobierna. Nuestra libertad nace con la cordura». La relatividad es para el crítico alemán Curtius «el punto central del arte de Proust, la fórmula creadora en su universo». Y en él distinguimos todas las relatividades: del tiempo y del espacio, del arte y de la vida, de la observación y de la contemplación, del sueño y de la vigilia, tal vez de la vida y de la muerte.

Se confunde generalmente—añade Curtius—«relativismo» con «escepticismo». «Todo es relativo» es considerado como sinónimo de «no hay nada que valga la pena». Es precisamente lo contrario lo que es verdad para Proust. Para él «todo es relativo» significa que todo vale, que todo punto de vista es fundado. El valor poético de nuestra experiencia queda tan poco quebrantado

por ese relativismo—que yo llamaría «relacionismo» si se me permite el término—así como la armadura sólida del universo no ha sido tocada por la teoría física de la relatividad.

Según la concepción que trata de precisar aquí, el hecho de admitir una infinidad de puntos de vista no acarrea la nivelación de la realidad objetiva, ni su destrucción, sino al contrario una enorme extensión de su dominio. El hecho de que sean posibles diferentes e infinitos puntos de vista no significa que ninguno sea la verdad, sino que todos son verdaderos. O, como dice Proust, «el universo es verdadero para nosotros todos y distinto para cada uno».

* * *

Hay también quienes comparan a Proust con Ruskin. Para los dos, la fuente del placer estético está en el descubrimiento de una verdad; en los dos la impotencia para componer es la parte integrante de su arte, y ambos ven en lo infinitamente pequeño lo infinitamente grande. En su libro sobre Ruskin, dice R. de la Sizeranne: «En el pliegue de un velo y en su caída, él ve la misteriosa ley que rige los mundos... su minucia es un encanto cuando sucede a generalidades... En él, el panorama depende del microscopio, y el microscopio del panorama...» Lo que puede aplicarse perfectamente a Proust. Y también esto que el mismo autor dice de Ruskin:

...Relaciona ideas y pasa rápidamente de un punto de vista a otro que no se sospechaba tan próximo... Une simpatías oscuras... Se mantiene en un punto central a donde tienden las conclusiones de la ciencia, del arte, de las religiones y de las filosofías...

Igualmente puede asimilárseles en su amor por las artes plásticas. Los cuadros, las estatuas están presentes en la memoria de Proust cada vez que necesita presentarnos una imagen precisa y clara. Nótese que Swann se interesa realmente por Odette sólo cuando se da cuenta de su parecido con la figura de

Zéfora, la hija de Jetro, que se ve en un fresco de la capilla Sixtina. Esta semejanza con una obra de arte, para Swann «confería también a Odette una belleza, la hacía más preciosa».

* * *

Si, según Proust, hay un universo distinto para cada uno, natural es también que haya para cada uno una belleza distinta y también una felicidad diferente.

¿Cómo concibe él la felicidad? Como un goce estético. Pero este goce estético no debemos buscarlo en el presente sino en el pasado: duerme en lo más profundo de nuestro ser. Sólo que el subconsciente no entrega su tesoro sino cuando una circunstancia, un hecho le dan una especie de papirotazo. Una «madeleine» mojada en el te le hace a él recordar toda su infancia en Combray, porque cuando niño era muy aficionado a esta golosina; al tropezar con una losa suelta en París, regresa con la imaginación a Venecia, donde antes tropezó con otra losa suelta. Y está en lo cierto: ¡cuántas veces lo más insignificante suele remover en nosotros un recuerdo que dormía muchos años!

Esta resurrección del pasado es para Proust como una destrucción del tiempo, es una especie de contemplación de la eternidad. Pero ese milagro del despertar de una impresión es fugitivo. No perdurará si no lo convertimos en un «equivalente» espiritual, que es la obra de arte.

Gracias al arte, en lugar de ver un solo mundo, el nuestro, lo vemos multiplicarse y tanto como haya artistas originales tendremos otros tantos mundos a nuestra disposición, más diferentes los unos de los otros que aquellos que nadan en el infinito... (*Le Temps Retrouvé*).

* * *

La primera consecuencia de la obra monumental de Proust es que la personalidad humana ha sido desmenuzada, destrui-

da. «La unidad personal es un miraje que se desvanece—dice Ramon Fernandez (*De la personnalité*)—cuando uno se aproxima suficientemente cerca: Proust se acercó tanto a ella que la naturaleza humana, que parecía de piedra, no ha dejado entre sus manos sino fluidos dispersos. Así el cadáver de M. Waldemar, en el cuento de Poe, hablaba bajo la mirada del magnetizador. Proust desmagnetizó a la humanidad, como hombre que no necesita que «eso marche». Simplemente les tomó la palabra a sus tímidos antecesores».

En suma, para Proust la personalidad humana es víctima del tiempo, que todo lo transforma o destruye.

No falta quien le reproche la falta de utilidad práctica de su obra: pinta los vicios, pero no con el propósito de corregirlos, de enmendarlos. Por el contrario, encuentra en ellos un sentido de belleza. Pierre Laserre, en el *Homenaje*, lo comparaba a un cirujano que llegara con todos sus instrumentos de acero, no para extirpar un tumor o trepanar un cerebro, sino para «partir los cabellos en cuatro». A lo que replica Albert Thibaudet que en su desinterés está la diferencia de Proust con Paul Bourget, que ha tratado de reemplazar un momento, junto a una mujer de mundo, a esos personajes tan considerables y respetados: el médico y el director de conciencia.

* * *

Oswaldo Vicuña Luco ha confesado, con toda humildad, en esta revista, que ha leído la obra de Proust a través de varios años, y aún no pasa de *La prisonnière*.

Tómese en cuenta que Vicuña Luco es un lector infatigable y apasionado. Proust ha debido interesarle mucho, y sin embargo... Si un espíritu tan culto y curioso necesita varios años, ¿qué le ocurrirá al lector mediocre?

Un humorista, Jenaro Prieto, dice que para leer a Proust es necesario caer a la cama y sufrir una larga convalecencia. ¡Una exageración! Para que interese a los novicios, conviene

que empiecen por el capítulo II de «Un amor de Swann». Siempre el amor de un neurótico es un buen cebo para gentes de mediana cultura.

• • •

Menos abnegado que Vicuña Luco, para leer y releer las páginas más apretadas de Proust y desentrañar su sentido, yo no me habría atrevido a dar una opinión completa sobre su obra. Me he limitado en este caso a bosquejar un resumen de las emitidas por los principales críticos europeos, con lo que prestaré seguramente un servicio a los lectores de ATENEA que se interesen por este novelista tan enalzado, y a veces discutido.